

Este tercer volumen de la revista *Estudios bizantinos* está dedicado a Antonio Bravo García, profesor de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid entre 1975 y 2015. Desde las aulas complutenses, Antonio Bravo ejerció un magisterio innovador y desacomplejado que introdujo no sólo los Estudios bizantinos sino también la Paleografía griega en las materias impartidas por el Departamento de Filología Griega e Indoeuropea.

En esas aulas nos formamos algunos de los filólogos que hemos colaborado en este volumen, mientras que otras contribuciones aquí reunidas son obra de colegas de larga data. Todas pretenden homenajear la labor pionera y duradera de Antonio Bravo sobre los manuscritos griegos que conserva nuestro país. En esas aulas, en efecto, sus alumnos comprendimos por qué podemos leer ahora los textos de la Antigüedad griega; aprendimos cómo estaba hecho un volumen de papiro y un códice de pergamino o papel y le perdimos el miedo a la escritura griega de todas las épocas; descubrimos que una carta de la baraja daba nombre a una escritura propia del Sur de Italia (sí, también descubrimos que se copiaban manuscritos griegos en Italia mucho antes del Renacimiento) y que la escritura griega de belleza más apabullante llevaba el nombre de un collar de perlas; también que la producción de libros estaba pautada por unos principios estéticos cuya sencillez resultaba fascinante. Nos dimos cuenta de que en nuestro (entonces más que ahora) acomplejado país había más manuscritos griegos de los que nadie había estudiado nunca y que Felipe II se había venido arriba y había acumulado en El Escorial unos *tesoros escondidos* que nos estaban esperando, que necesitaban que algún incauto

ilusionado los estudiara siguiendo el camino abierto por Charles Graux, Alejo Revilla, Gregorio de Andrés y Antonio Bravo.

La ilusión la ponía en primer lugar el profesor de paleografía griega. El alumno podía limitarse a dejarse llevar por el entusiasmo y presentarse en la Sala Cervantes de la Biblioteca Nacional o en la sala de estudio de El Escorial con la incrédula intención de ver y tocar un manuscrito griego. Los que ante el prodigio y la contundencia de un códice bizantino nos sentimos más en Grecia que en la propia Grecia, no salimos indemnes de esas salas de estudio. Y se lo debemos a Antonio Bravo.

* * *

Una semblanza completa de nuestro homenajeado se puede leer en A. Bravo García, *Viajes por Bizancio y Occidente*, edición a cargo de A. Guzmán Guerra, I. Pérez Martín, J. Signes Codoñer, Madrid, Dykinson, 2014, 9-16.